

**RAFAEL PARDO**

# **YO, CARDENAL NEWMAN**

**BREVE SEMBLANZA SOBRE EL BEATO INGLÉS**

**C<sup>e</sup>**

COBEL EDICIONES

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
VERANO (1801-1839)	15
1. ESTUDIANTE, PROFESOR Y PRESBITERO	17
2. EL CAMBIO	29
3. LÍDER DE LA REFORMA	41
OTOÑO (1839-1858)	59
4. CONVERSO AL CATOLICISMO	61
5. EL ORATORIO Y LA EXPLICACIÓN DE LA FE	77
6. RETORNO AL MUNDO UNIVERSITARIO	89
INVIERNO (1859-1864)	105
7. HUMILLADO	106
8. DEPRIMIDO Y AISLADO	114
PRIMAVERA (1864-1890)	123
9. LA RESTAURACIÓN DE SU FAMA	124
10. NEWMAN Y EL MODERNISMO	130
11. SANTO CARDENAL	150
12. RETRATO DE UN BEATO	158
CRONOLOGÍA	168
OBRAS	169
SELECCIÓN DE TEXTOS	170
BIBLIOGRAFÍA	183
NOTAS	187

uno de los errores que ha cometido en ocasiones la Iglesia es el de “constituir árbitros de las cuestiones religiosas a los intelectualmente dotados en vez de buscar a los hijos de la sabiduría”<sup>45</sup>, es decir, preferir las palabras de los teólogos a la de los santos.

## **LA DIMISIÓN COMO DOCENTE DEL ORIEL**

Un hecho interesante de su etapa en Oriel fue su dimisión como profesor. Newman pretendía reformar, con la ayuda de Froude y Wilberforce, algunos aspectos del sistema educativo del *college*. Quería un seguimiento más detallado de los alumnos brillantes frente a los menos aplicados con el fin de que el talento de los mejores no fuera abortado por jóvenes ricos e indisciplinados. Precisamente uno de los puntos clave de su reforma era el fortalecimiento de la disciplina para moderar a los jóvenes aristócratas y burgueses que Newman consideraba “el escándalo y la ruina del lugar”<sup>46</sup>. Había que favorecer a los que realmente querían estudiar, y seguramente en su cabeza estaban los recuerdos negativos de cuando él era un estudiante aplicado y empobrecido sometido a bromas por jóvenes ricos del Trinity College. Por último, Newman quería terminar con la costumbre de que los estudiantes recibieran la Comunión una vez por trimestre, acto litúrgico que algunos preparaban emborrachándose en la víspera...

En estos pequeños deseos de reforma están presentes algunos rasgos de la vida de Newman, como su preocupación por la educación íntegra de los jóvenes y el deseo de que el clérigo se comportara como tal para no ser un profesor despreocupado por la espiritualidad de los alumnos.

Este sistema de reformas tenía tres peligros: por un lado, que se acusara a los profesores de favoritismos hacia los más inteligentes; por otro, que se trastocaran reglas atávicas del

Oriel; por último, perseguir a los hijos de los adinerados podría tener consecuencias negativas para el centro.

El *provost* o director Hawkins había sido hasta entonces amigo de Newman. Ambos compartían cierta visión liberal de las cosas, pero el progresivo cambio interior de nuestro personaje y el miedo a apretar las tuercas a los ricos provocaron una negativa de Hawkins sobre el plan de reforma, a pesar de que los alumnos encomendados a Newman habían mejorado visiblemente su rendimiento académico. El choque se produjo en 1830. Hawkins dejó de encomendarle alumnos y tanto Froude como Newman dimitieron en 1832 de sus puestos docentes.

## **UN VIAJE ESPIRITUAL POR EL MEDITERRÁNEO**

Froude había contraído la tuberculosis después de resfriarse durante unas vacaciones, su salud no mejoraba y el médico le había recomendado una estancia en la Europa del Sur. En 1832 preparó un viaje por el Mediterráneo en compañía de su padre y le invitó a su gran amigo John Henry. Aunque ninguno de los dos tenía grandes ocupaciones después de su dimisión como profesores, Newman se lo pensó dos veces. Le atraía enormemente la posibilidad de visitar Italia y Grecia, pero nunca había salido de su casa.

Una experiencia así podía dejarlo agotado, así que contestó a su amigo: “Mi querido Froude: (...). Tu propuesta me atrae mucho por distintas razones, aunque hay bastantes inconvenientes (...). Después de tantos años con exceso de trabajo (...) creo que lo necesito. Temo que me estoy volviendo estrecho de mente y al menos quiero experimentar la prueba de un contraste con otros modos de pensar y vivir (...). Me temo que el dinero es punto importante. Yo puedo llegar hasta las 100 libras. Quizá sea poco pero no puedo gastar más (...).

Y el caso es que no puedo responder de mi salud; a veces me pongo enfermo de repente, que es lo que le pasa a la gente, que como suele decirse, sufre de los nervios”<sup>47</sup>. Newman no erraba. El viaje estuvo a punto de costarle la vida.

Los dos, Froude y él partieron el 8 de diciembre de 1832. Todo fue un cúmulo de sensaciones: la luz de la costa portuguesa, la estancia en Gibraltar, el puerto de Argel y Malta, la península griega de Ítaca y la de Italia. Roma, Nápoles, Sicilia (...). Quedó encantado con todos los lugares del mundo grecorromano, con sus templos y las ruinas.

Sin embargo, no todas fueron experiencias gratas. El contacto con el mundo latino supuso una sorpresa desagradable por la suciedad, el griterío, el desorden, los timos a los turistas, etc. El viaje acarreó también las típicas incomodidades a las que Newman era vulnerable. Escribió a su hermana Harriet: “Entre las sacudidas de un camarote, ya imagináis que mis sueños no son de la mejor especie. Encima, los campanillazos del barco son tan brutales y entonados como los del reloj de Oriel, de tal manera que de noche, por un momento, me parece estar allá”<sup>48</sup>.

En un plano espiritual, Newman aprovechó para conocer tanto las iglesias ortodoxas griegas como las católicas italianas. Le pareció que el tono moral era más serio entre los ortodoxos que entre los católicos. Lo más emocionante del viaje fue visitar Roma, lugar que para los anglicanos era la sede del Anticristo. Quedó sobrecogido por su grandeza y comenzó a añorarla desde entonces como una especie de paraíso cristiano perdido que había que recuperar.

Froude y él pudieron establecer una entrevista con Wiseman en Roma en la Universidad inglesa. Wiseman había nacido en Sevilla en 1802. Tenía ascendencia irlandesa e inglesa. Era un hombre elegante, con don de gentes, por lo que sus superiores le fueron confiando establecer relaciones entre los anglicanos

y los escasos católicos del país. Wiseman estaba llamado a ser un cardenal líder del catolicismo inglés durante muchos años. Por razones que descubriremos después, las relaciones entre Newman y él fueron difíciles casi desde el comienzo. En esta primera entrevista ambos quedaron un poco decepcionados.

Un hecho interesante es que nuestro personaje pudo comprobar el poco vigor que tenía la religión católica (en contra de lo que había pensado hasta entonces). Hay que tener en cuenta que un anglicano de su época desconocía todo acerca de los católicos y, con suerte, podía tener relación con un puñado de ellos. En la imaginería anglicana, los católicos eran una fuerza poderosa y maquiavélica, pero, en Italia, Newman pudo comprobar que el nivel cultural del clero era muy pobre, que la gente vivía en la más absoluta inmoralidad y que a las iglesias sólo acudían las ancianas. Los obreros y las masas se iban separando de la Iglesia. A Froude también “le impresionó la degeneración que creyó ver en los católicos italianos”<sup>49</sup>.

La conclusión que sacaron ambos es que si la Iglesia anglicana estaba en peligro por el agnosticismo del s. XIX, la Europa católica también lo estaba. Y esta conclusión produjo una fuerte impresión en Newman: el mundo occidental estaba en crisis, el cristianismo entraba en un período de debilidad como nunca había conocido. Se imponía la necesidad de actuar cuanto antes. Su alma se iba llenando de energías a las que quería dar cauce. Parte de esta energía se expresó en una composición poética que escribió durante todo el viaje y que luego publicó con el nombre de *Lyra Apostolica*, formada por un conjunto de noventa poemas que demuestran el genio literario de su autor.

## **CERCA DE LA MUERTE Y EXPERIENCIA MÍSTICA**

Los Froude ya daban el viaje por terminado y el propio

Newman se estaba arrepintiendo de la duración del mismo. Extrañaba su casa hasta el punto de que se hizo el propósito de no volver a viajar al extranjero. A pesar de este sentimiento, cometió la imprudencia de querer alargar el viaje por su cuenta para volver a visitar las ruinas grecorromanas de Sicilia. Nadie menos indicado para la aventura que él. Un detalle que lo confirma es que, cuando subió en cierta ocasión la cima del volcán Vesubio para contemplar el espectáculo, “bajamos y yo lo pasé mal porque el calzado no me ajustaba como es debido, y se me llenaban los zapatos de cenizas calientes (...). Te lo aseguro, bajé gritando de dolor”<sup>50</sup>, confesaba a su hermana Jemima. No estaba hecho para ciertas actividades.

Aun así, el 22 de abril de 1833 llegó al puerto de Mesina acompañado por un criado que había contratado en Nápoles. Tuvo suerte al encontrar a ese hombre porque, además de serle fiel y no robarle, le salvó la vida. Newman cayó gravemente enfermo a finales de abril. El 2 de mayo se daba a sí mismo por muerto. Había contraído unas fiebres tifoideas intestinales. Su criado localizó a un médico que hizo lo posible por salvar la vida al inglés, con el cual se entendió en latín. Durante semanas se debatió con la fiebre. No cesaba de repetir: “no he de morir, no he pecado contra la luz”.

Cuando posteriormente redactó un relato autobiográfico sobre esta enfermedad, la interpretó como un intento del diablo para alejarle de lo que iba a ser la fundación del Movimiento de Oxford y su conversión al catolicismo: “De la manera más inesperada me voy a Sicilia, y el demonio se cree que ha llegado su hora. Caí de lleno entre sus garras. Desde ese momento, todo empezó a salirme mal (...). Casi llegué a pensar que el demonio había visto que yo iba a ser un instrumento para el bien, y trataba de destruirme”<sup>51</sup>.

Durante estas dos semanas de delirio, Newman pasó por una experiencia mística. Estando casi muerto, “tuve en mí un

sentimiento de confianza de que había de curarme (...). Creía que Dios tenía trabajo para mí”<sup>52</sup>, y “en una ocasión tuve una visión irresistible y consoladora del incesante amor de Dios y me pareció sentir que yo era suyo. Pero creo también que mis sentimientos (...) estaban exaltados por el delirio, aunque no dejaban por eso de ser de Dios que los permitía en su providencia”<sup>53</sup>.

Sea como fuere, él tuvo esta percepción. Los Papas del s. XX que han hablado sobre el beato Newman, han incluido siempre la referencia de este encargo particular que Dios le tenía preparado para Inglaterra. Su conversión arrastró a decenas de personas hacia Roma, no de una manera rápida y espectacular, sino lentamente.

A pesar de su débil constitución física, logró salvarse y vivir hasta los 90 años. Después de salir del trance, en junio de 1833 se embarcó rumbo a Inglaterra, y llegó a casa de su madre en Littlemore el 9 de julio. Allí coincidió con su hermano Francis, que por aquel entonces regresaba de una extraña experiencia misionera por Persia de la mano de los evangelistas.

Cinco días después comenzaba la revolución espiritual de Oxford. Era cierto que Dios tenía un encargo para él.